

UN GALLITO DE LA ECONOMÍA CONTEMPORÁNEA BURGALESA VENIDO A MENOS: ORÍGENES, DESARROLLO Y DECADENCIA DE LA “VILLA TEXTIL” Y SU PATRIMONIO INDUSTRIAL (SIGLOS XVI-XXI)

JUAN JOSÉ MARTÍN GARCÍA
Universidad de Burgos

RESUMEN: *La localidad burgalesa de Pradoluengo se ha caracterizado por su dedicación a la industria textil desde el siglo XVI hasta la actualidad. El ingente patrimonio generado durante más de quinientos años por esta actividad económica corre serio peligro de desaparecer totalmente. Sus recursos y elementos singulares adolecen de un proyecto integral que los ponga en valor, no sólo como potencial detonante para la recuperación del pulso de sus sectores secundario y terciario, sino como guía de preservación de una historia genuina y de una forma de vida totalmente divergente respecto a la generalizada en el ámbito rural de su provincia. El artículo hace un balance sobre las claves de sus primeros pasos, apogeo y, a pesar de los pesares, su pervivencia presente.*

PALABRAS CLAVE: Patrimonio industrial, Villa Textil, contemporaneidad burgalesa.

ABSTRACT: *The town of Pradoluengo in Burgos province has been characterised by its dedication to the textile industry from the sixteenth century until the present. The abundance of heritage material and sites accumulated over more than 500 years as a result of this economic activity are, however, now in very grave danger of completely disappearing. These unique reminders of the past lack a coherent promotional project, not only as a potential means of arresting the decli-*

ISSN: 0211-8998. B.I.F.G. Burgos, XCV, 253 (2016/2), (539-569)

Recibido: 11-04-2016

Aceptado: 10-11-2016

ne of the locality's secondary and tertiary sectors, but also as a way of preserving the authentic history of a way of life so strikingly different to that of neighbouring rural communities. In this paper we evaluate the origins of this legacy, its period of splendour and, despite everything, its continued survival.

KEYWORDS: Industrial heritage, textile town, modern-day Burgos.

1. INTRODUCCIÓN

El proceso de liberalización económica llevado a cabo en Europa tras la eliminación de aranceles exteriores en 2005, supuso –como por otro lado era previsible–, la desaparición de miles de empresas textiles y, con ellas, de sus trabajadores y del efecto multiplicador que suponía en ciertas economías locales. Un claro ejemplo lo supuso Pradoluengo, localidad que ha visto como, en menos de treinta años, ha pasado de contar con 2.200 habitantes, a mantener “censados” en 2016 poco más de 1.200. Las fábricas, hilaturas, tintes y batanes, los obradores y talleres, con sus telares, planchas y rematadoras, han parado prácticamente en su totalidad, lo que ha convertido el pueblo en un espectro de su pasado. La degradación del ingente patrimonio generado alrededor de esta actividad económica que, de forma palmaria suponía la equiparación de Pradoluengo con la industria textil, se visualiza aceleradamente a diario y acabará, si nadie lo remedia, con la pérdida de un hito industrial castellano¹.

El desconocimiento entre el gran público de la existencia en este núcleo de elementos patrimoniales de interés, junto a la escasa con-

¹ Juan José MARTÍN GARCÍA: “El S.O.S. de un hito del patrimonio industrial castellano: Pradoluengo”, en *Estudios del Patrimonio Cultural*, 14 (2016), pág. 13. Las iniciativas particulares alrededor de su “conservación”, son inconexas, individualistas y sin un objetivo claro. Los “puntos programáticos” municipales al respecto, tardan en arrancar cada legislatura, son de corto recorrido y se ven cercenados cuando un nuevo equipo de gobierno, sea del color político que fuere, se hace con las riendas del Consistorio. Por último, las capacidades de las administraciones provincial, regional y estatal, al parecer tampoco son suficientes al objeto de no perder definitivamente la enorme riqueza que presenta este patrimonio. Sería pues, urgente, la elaboración de un estado de la cuestión que enmarque las líneas generales de su trayectoria histórica, catalogue sus elementos arquitectónicos, maquinarios, documentales y culturales, concrete las posibilidades de conservación, mejora y puesta en valor, y dé a conocer lo más ampliamente posible, sus especificidades y riqueza económica, social y antropológica.

cienciación de las administraciones competentes para su puesta en valor, retroalimentan este proceso negativo. Los postulados teóricos sobre la dinamización de comunidades rurales que disponen de este tipo de materiales valiosos, giran en torno a soluciones como la identificación de la sociedad local con la actividad económica que le dio vida, en este caso, la equiparación con la industria textil. Esta equivalencia ha sido plena mientras suponía el mayor yacimiento de empleo y riqueza para la población. Sin embargo, cuando sus infraestructuras han pasado de ser un medio de vida a convertirse en “piezas de museo”, en ocasiones se han malvendido para chatarra, en otras se han abandonado y, en el mejor de los casos, se han convertido en pequeños “chiringuitos” con ínfulas de museo. Las denominaciones de Pradoluengo como “Villa Textil”, como el “pueblo de las boinas y los calcetines”, y su conexión medular en la vida cotidiana, no han servido sin embargo para reconducir esta riqueza hacia su valorización. Parece como si hubiese habido un divorcio inamistoso entre sociedad y patrimonio, quizás porque aquella nunca vio en éste las bondades de una verdadera herencia cultural, ni tan siquiera como un acervo etnográfico de interés, sino, simple y llanamente, como una forma de ganarse la vida. Sea como fuere, la falta de sensibilidad en este sentido, ha sido mayúscula por parte de los propios interesados y de sus responsables políticos a nivel local. A ello ayuda la división sociológica interna, así como la falta de unión ante un objetivo común entre su cada vez más escaso, envejecido e individualista capital humano. Cambiando de tercio, si el foco analítico lo dirigimos hacia arriba, el diagnóstico confirma la pasividad de las administraciones provincial, regional y estatal que, como excusa, bastante tienen con intentar mantener otras prioridades de un patrimonio al parecer “inabarcable”².

El principal objetivo de este artículo consistirá, si ello fuera posible, en hacer balance sintético de más de quinientos años de la historia de este enclave. La intención es la de señalar las condiciones geográficas que favorecieron el surgimiento de esta actividad, analizar sucintamente los elementos estructurales que caracterizaron el desarrollo de esta industria pañera, así como las carencias que provocaron su crisis y reconversión intersecular hacia los géneros de punto. Así mismo, se pretende constatar que, a pesar de los pesares, esta

² Ibídem, pág. 14.

industria pervive en la actualidad, por lo que, finalmente, el trabajo quiere ser una llamada de atención a administraciones y sociedad en general, para conseguir que este patrimonio no se pierda definitivamente.

2. UNAS CONDICIONES GEOGRÁFICAS FAVORABLES “A PRIORI”: EL RÍO, LA LANA Y LA TIERRA DE BATÁN

Pero, ¿de qué ingredientes estamos hablando?, ¿cuáles fueron las causas por las que surgió esta actividad económica en una región tópicamente “fundida” en el bochorno de un mar cerealista?, ¿qué clase de “pioneros” hicieron posible que, en la cuenca alta del río Tirón, se diese el paso desde una economía silvopastoril hasta otra artesanal?, ¿cuales fueron los mecanismos que posibilitaron que los primeros artesanos a tiempo parcial, se especializasen en la confección de tejidos “vendibles”?, ¿porqué en un pequeño valle rural y mal comunicado, se concentraban en los primeros atisbos industrializadores, nada más y nada menos que la mitad de los obreros fabriles de la extensa provincia de Burgos?, ¿qué metamorfosis hicieron posible que esta zona pasase de producir a mediados del siglo XVIII más tejidos que Sabadell y Terrassa para, a finales del siglo XX, vender uno de cada cuatro calcetines del mercado español?

En primer lugar, debemos detenernos en el marco geográfico que acunó estos procesos. Pradoluengo pertenece en la actualidad a la provincia de Burgos, situándose en su extremo centro oriental, a escasa distancia de la hoy provincia de La Rioja, a cuya versión “irredenta” estuvo vinculada durante un tiempo. La localidad se engloba en la comarca denominada Rioja Burgalesa que, geográficamente, se corresponde en gran medida con la cuenca hidrográfica del río Tirón perteneciente a la provincia de Burgos, equivalente prácticamente con el desaparecido Partido Judicial de Belorado. Esta red fluvial vertebró el país en su discurrir de Sur a Norte, aportando su caudal al Ebro. El Río de Pradoluengo que fue rebautizado popularmente a principios del siglo XX como Oropesa, por aquello de que “sus aguas valían lo que pesaba el oro”, define un valle encajonado en el que, a duras penas, se abre paso a codazos el caserío urbano, que se encuentra a 960 metros de altitud en su plaza mayor. Su término municipal

presenta una variación de cotas cercana a los mil metros, lo que da idea del relieve montañoso que presenta, poco propicio para el desarrollo de la agricultura, y que sería aún mayor si consideramos que, a poca distancia de su límite sur, se encuentra el pico San Millán, que con sus 2.131 metros, supone la mayor altitud de la dilatada provincia de Burgos³.

Si analizamos estas condiciones “impuestas” por la Naturaleza, al objeto de desvelar si fueron favorables para la aparición de la actividad textil, llegamos a una primera conclusión: “a priori”, pudieron ser favorables. No lo hacemos desde un punto de vista academicista, que impone desde sus esquemas estructurales que, en primer lugar, se disponga la contextualización espacial de la zona de análisis. En este caso, las coordenadas geográficas reflejan la importancia que representa la localización bajo las cumbres de la Sierra de la Demanda, no sólo como elemento propicio para el surgimiento de la industria textil, sino, claramente condicionante para su mantenimiento a lo largo del tiempo, principalmente por la enorme dificultad de desarrollo de otras alternativas económicas. Son las condiciones perfectas del modelo que en su día estructuró Kriedte como previas a los procesos de “protoindustrialización”⁴. No obstante, nada más lejos de nuestra voluntad que parecer deterministas geográficos. Evidentemente, será el factor humano, las relaciones socioeconómicas y el carácter forjado por más de quinientos años de Historia, el que posibilitó el surgimiento y pervivencia de la industria textil.

Accesibilidad de materias primas, principalmente lanas merinas. Abundancia de fuentes de energía, ante todo hidráulica para el movimiento de batanes e hilaturas, aunque sin desdeñar las leñas de

³ Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio de la Junta de Castilla y León: *Atlas del Territorio de Castilla y León*. Madrid, Junta de Castilla y León, 1995, págs. 17-19.

⁴ Peter KRIEDTE: “The origins, the agrarian context, and the conditions in the word market”, en *Industrialization before Industrialization. Rural industry in the genesis of capitalism*. Cambridge, University, 1981, págs. 12-23. Según este autor, para que surjan estas protoindustrias es necesaria la existencia de unos factores encadenados que, a grandes rasgos, se pueden aplicar en nuestro caso. Primero, una organización del trabajo agrícola que provoque fluctuaciones estacionales en la demanda de mano de obra, dando lugar a épocas de desempleo que serán mayores cuanto más baja sea la calidad de las tierras cultivadas. Después, un desarrollo económico unido a otro demográfico que haga aumentar la desocupación y la diferenciación social entre los campesinos.

los bosques cercanos que se utilizaron en las calderas de los tintes. Y, finalmente, la existencia de un mineral necesario para enfurtir bayetas y paños, la tierra de batán. Tres pilares de carácter positivo ofertados por la localización geográfica⁵. Unas condiciones continuaron siendo decisivas desde los orígenes hasta la contemporaneidad, sobre todo la existencia de una corriente de agua constante y con fuerte pendiente, que fuese capaz de generar la energía suficiente para el movimiento de un sinfín de ruedas hidráulicas, el lavado de lanas y el tintado de manufacturas. Su importancia se comprueba por la cantidad de litigios que provocó su aprovechamiento, de los que existen ejemplos en los siglos XVII y XVIII, y que aumentarán en el XIX, como los establecidos entre la Hermandad del Molino de Barría y la Hilatura de las Viñas en 1832, entre la Hermandad del Molino Encimero y la Máquina del Agua Sal en 1838, entre el Batán de los Corrales de Monte y la Máquina de La Rueda en 1840, etcétera⁶. Además hay que tener en cuenta que los ríos de valles adyacentes, fueron los que impulsaron las centrales que suministraron energía eléctrica a Pradoluengo durante la primera mitad del siglo XX.

Del mismo modo, fue relevante la existencia de abundante y excelente tierra de batán en las inmediaciones del casco urbano y continuo su aprovechamiento en el tiempo. Esta tierra greda, fue fundamental para el enfurtido de los tejidos de lana, mejorando su consistencia, así como para la limpieza de los aceites y grasas de las jergas. El concejo era consciente de ello y protegía las vetas de este mineral, como las existentes en Los Terreros, Las Viñas o Las Canteras de San Roque. Las citas sobre su importancia son abundantes a lo largo del siglo XIX, pero destaca esta en la que se prohíbe a un vecino su explotación: “y quizá y sin quizá haya sido el origen del desarrollo industrial de esta localidad, por los excelentes resultados que este producto da en el desmugre de las jergas”⁷. La tierra de batán se utilizó hasta bien entrado el siglo XX, suponiendo un pequeño ingreso para los obreros que temporalmente carecían de trabajo.

⁵ Juan José MARTÍN GARCÍA: *La industria textil de Pradoluengo (1534-2007). La pervivencia de un núcleo industrial*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 2007, págs. 36-54.

⁶ A.H.P.B.: Protocolos Notariales. Sign. 3.613/1, 3.613/2, 3.613/3, 3.614/1, 3.615/2, 3.616/1, 3.616/2.

⁷ A.M.P.: Libro de actas y sesiones (1881-1895). Sign. 172, fol. 17. 10 de mayo de 1890.



No obstante, llegados a este punto, surge una primera contradicción. Aunque uno de los pilares de este andamiaje escénico primigenio, la lana merina, pudo ser básico, no cabe duda que se mostró cambiante con el tiempo y, al fin y a la postre, resultó intrascendente. La cabaña ovina trashumante, –fruto de unas condiciones orográficas que no permitían otros aprovechamientos–, pudo ser clave en los orígenes medievales de la actividad, tanto por su accesibilidad, como por su calidad, pero siguió un camino divergente al progreso industrial, que se basó durante las épocas moderna y contemporánea en la utilización de las lanas churras, abundantes en la propia comarca del Tirón, sobre todo en su zona llana.

Supuestamente, la exportación de lanas merinas, supuso un problema para la industria castellana, sobre todo para la de las ciudades (Segovia, Cuenca, Toledo), que fue cacareado vehementemente, entre otros, por los arbitristas. Sin embargo, no afectó a industrias rurales como la de Pradoluengo, como demostró el tristemente desaparecido Ángel García Sanz, ya que existía suficiente producción de lanas trashumantes tanto para exportar como para elaborar manufacturas en el interior del país⁸.

⁸ Ángel GARCÍA SANZ: “Competitivos en lanas pero no en paños: lana para la exportación y lana para los telares nacionales en la España del Antiguo Régimen”, en *Revista de Historia Económica*, 2, 1994, págs. 397-434.

Para estas pequeñas “fábricas”, era más interesante la baratura de las lanas churras, aunque diesen tejidos de peor calidad. No obstante, los fabricantes serranos se dejaban querer. En 1752, los de Pradoluengo, junto a los de los pueblos riojanos de Pedroso, Soto y Nieva de Cameros, obtuvieron del gobierno el derecho de tanteo sobre estas lanas⁹. La ganadería trashumante presentó dos vinculaciones posteriores con Pradoluengo: el arrendamiento por parte del concejo de “puertos”, que hicieron las veces de agostaderos para los rebaños de merinas, y la utilización residual en su circuito productivo, precisamente de los “feos” de estas lanas, que eran lavadas en localidades cercanas como Pineda y Ezcaray y, ya desde 1818, en el propio Pradoluengo¹⁰.

Una segunda paradoja en torno a la localización. Las condiciones geográficas, que pudieron ser favorables para la aparición de la industria textil en la Edad Media, supusieron un importante freno con posterioridad, por el auténtico aislamiento que impusieron al progreso de una mínima logística. El alejamiento de las principales vías de comunicación y la falta de medios de transporte básicos para los tiempos contemporáneos, la inexistencia de ferrocarril, o la ridiculez de infraestructuras energéticas de segunda generación como la electricidad, lastraron el avance de la villa serrana. El ritmo de las mulas pudo valer hasta el último tercio del siglo XIX pero, para los nuevos tiempos, supuso una rémora. Aquel “valle del fondo de la Sierra”, que desde la Baja Edad Media pudo servir de acicate positivo al traslado de tejedores y fabricantes desde zonas “urbanas”, como por ejemplo Belorado, acuciadas por una mayor presión impositiva por parte de la Monarquía, se convirtió en un rincón prácticamente aislado que, a pesar de luchar denodadamente por abrir comunicaciones carreteriles y de todo tipo a lo largo de los siglos XIX y XX, aún a costa de las propias arcas municipales, obtuvo escasos resultados.

Un último apunte en cuanto al contexto espacial. La conformación provincial española, asentada desde 1833, provoca que desenfocemos una de las primeras preguntas en torno al origen de la actividad. Este “rara avis” que supone Pradoluengo dentro de su contexto pro-

⁹ Juan José MARTÍN GARCÍA: *Historia de la Industria Textil de Pradoluengo. II. La etapa preindustrial (1720-1820)*. Burgos, Aetpra, 2005, pág. 48.

¹⁰ Juan José MARTÍN GARCÍA: *La industria textil de Pradoluengo...*, págs. 41-44.

vincial y regional actual, clarifica sus contornos cuando se engloba en el contexto histórico-económico diáfano que lo identifica, el de su pertenencia a las sierras riojanas. En este sentido, hay que mirar más hacia oriente que hacia occidente, para comprender la pretendida “extrañeza” del núcleo industrial en época contemporánea y dentro de una provincia esencialmente agrícola. Es decir, debemos partir de la identificación de esta industria, desde su origen, con la nebulosa textil que supusieron, al menos desde la Baja Edad Media, los Cameros y la Demanda riojanos. La posterior desaparición de las actividades textiles de estas montañas, hace que, curiosamente, el núcleo llamemos, “menos riojano”, quedase al fin y a la postre como único exponente de una actividad secular¹¹. Por ello, la singularidad, peculiaridad e “inexplicabilidad” (si es que existe este término) se ve recreada cuando el marco contextualizador elegido es la provincia de Burgos, ya que Pradoluengo se postulará durante buena parte del siglo XIX, como el único núcleo industrial de importancia del “océano” agrario burgalés.

3. LA ETAPA PREINDUSTRIAL: EL DESPEGUE AUNADO DE INDUSTRIA Y POBLACIÓN

El análisis de la etapa preindustrial, supone la confirmación de la indisoluble relación entre industria textil y Pradoluengo. Mientras en otras zonas con industria textil rural, son básicas otras actividades económicas como la agricultura o la ganadería, se puede afirmar que en Pradoluengo, a pesar de ser un núcleo poblacional pequeño –a finales del siglo XVI tan sólo contaba con unos 300 habitantes– y, por tanto, “rural”, la industria supone la ocupación sobre la que gira todo lo demás. De otra forma, no se entiende el despegue del siglo XVII –mientras que en el resto de Castilla son años muy críticos, aquí la población aumenta–, y del siglo XVIII y primer XIX –con un repunte a partir de 1720 y el paso de 1.031 habitantes con los que cuenta en 1752, hasta los 1.571 de 1820–. Teniendo en cuenta que la demografía vuelve a demostrar que no había trashumancia como ocurría en otras zonas serranas (Cameros, Neila, etc.), la única razón

¹¹ Ramón OJEDA SAN MIGUEL: “La fallida industrialización de una comarca textil riojana: el Alto Valle del Oja”, en *Berceo*, 124, 1993, págs. 89-120.

para explicar el crecimiento es el desarrollo de la pañería¹². Por otro lado, la alternativa agrícola, tan sólo hubiese permitido configurar una población similar a sus vecinas. La solución, aunque rupturista desde los moldes explicativos de la industria “rural”, no fue otra que el desarrollo unívoco de la industria textil. Otra vez, Pradoluengo como pueblo “singular”.

A mediados del siglo XVI aparecen los primeros nombres documentados de fabricantes, Pedro y Juan de la Fuente y la existencia de batanes. En los primeros años del siglo XVII, conocemos que los pañeros bajaban hasta las ferias de Nájera a vender calidades bajas, palmillas y frailengos azules, negros y pardos. En cuanto a las cartas de examen se conseguían con extremada facilidad. Las estructuras de sus obradores eran endebles, aunque algunos fabricantes empezaban a despuntar al poseer tintes y pisones, como el de Monte o el de Pino. La construcción de nuevos establecimientos se defendían con vehemencia, como ocurrió en 1677, cuando todo el pueblo se enfrentó violentamente a los alguaciles del corregidor de Cerezo, para apoyar a Gabriel Escudero y Juan de Zaldo en la instalación de un nuevo batán, afirmando que, “estaban allí para defenderlos aunque fuese en guerra canpal (sic)”¹³.

Los porcentajes de ocupación hablan por sí solos para demostrar que decir Pradoluengo era decir industria textil. A mediados del siglo XVIII, el 85 por ciento de los cabezas de familia, entran en la definición de fabricante: aquella persona que es propietario de la materia prima, financia el proceso productivo de la manufactura textil, intervenga o no directamente en dicho proceso y, por tanto, es el propietario del producto final realizado. Si a ellos sumamos los artesanos textiles que no eran fabricantes, la cifra alcanza un espectacular 90 por ciento. Por tanto, todo gira alrededor de la industria textil, actividad que explicará desde los vaivenes económicos hasta las manifestaciones culturales y una idiosincrasia peculiar. A pesar de estas cifras concluyentes, la escasa producción desprendida del Catastro de Ensenada, parece contradecir este “monocultivo” industrial. ¿Cómo vivían los pradoluengos sin agricultura, ni ganadería, y con un número de piezas de bayeta escaso, que además reportaban pocos

¹² Juan José MARTÍN GARCÍA: *Historia de la Industria Textil. I. Los orígenes (1567-1720)*. Burgos, Aetpra, 2004, págs. 39-58.

¹³ *Ibíd.*, págs. 59-109.



beneficios por su baratura? La respuesta es que la contabilización reflejada por el Catastro está claramente infravalorada por flagrante ocultación, como se desprende, no sólo de las correcciones aplicadas a los pequeños fabricantes por los peritos que ejecutaron las operaciones sino, sobre todo, por el manifiesto encubrimiento que presentan las declaraciones de los mayores fabricantes, los denominados “tratantes”¹⁴.

El crecimiento de la población se debió a la especialización en la fabricación de bayetas. Este era un tejido poco tupido –por tanto con menos peso y, lo que es más importante, con menos lana, factor prioritario en la determinación del coste–, que fue muy bien recibido entre las clases menos acomodadas del norte peninsular, no sólo para usarlo como vestimenta, sino para dedicaciones domésticas y cotidianas, factor este que abrió su mercado también en centros urbanos. Esta especialización dentro del segmento “bayetero”, dejó vía libre a las producciones de mayor calidad de otros centros laneros punteros, pero hizo muy competitiva a la industria pradoluenguna, factor que jugó a favor de la permanencia y expansión de la “fábrica”. En-

¹⁴ A.D.B.: Catastro de Ensenada. Respuestas Generales.

tendemos por “fábrica”, la totalidad de la infraestructura productiva de la localidad, no la definición clásica de factoría. En el sur, destacaba Antequera¹⁵ dentro de este mismo nicho productivo, contrapeso que no afectó a Pradoluengo por la simple razón de que los márgenes de beneficio, disminuían si las distancias superaban los 400 kilómetros. Madrid, por razones obvias, era el punto de comercialización más al sur donde llegaban estas manufacturas textiles serranas.

La utilización de lanas churras fue la razón fundamental para entender la baratura de estas bayetas. Las compras realizadas por los fabricantes, eran ventajosas por mucho que hubiese quejas conjuntas con otros pueblos fabriles por la extracción de lanas merinas del Reino. Estos “lloros” sólo tenían fundamento si tenemos en cuenta que también se exportaban ciertas cantidades de lanas entrefinas, de las cuales existía un pequeño consumo en Cameros y en Pradoluengo. Otro factor favorable era su acabado, menos cuidado que el de otros paños de mayor finura. Este “descuido” dejaba en la bayeta algo de “pelo”, pero ahorraba ciertas operaciones y, por tanto, afianzaba su precio ventajoso. Otro elemento favorable lo constituyó una ordenación laxa de la actividad. Bien es cierto, hubo ordenanzas generales que afectaban a todo el Reino, pero su cumplimiento no se siguió a rajatabla en el núcleo burgalés. A esta regulación poco estricta se unió la “no existencia” de distinción de estados. Es de sobra conocida la mentalidad estamental poco favorable a los trabajos manuales. Pues bien, aquellos nobles o hidalgos que se avecindaban en Pradoluengo tenían que pechar obligatoriamente como todos los demás. Estos y otros mimbres socioeconómicos supusieron la imbricación entre concejo y fábrica, dándose un paso trascendente en 1720, la compra del villazgo a la Corona. Si prosperaba el concejo prosperaba la fábrica y viceversa. Una retroalimentación positiva que se inculcó en la, ahora ya Villa, hasta la contemporaneidad.

La formación de las células productivas familiares no era excesivamente complicada. Ello no quiere decir que el sistema protegiese de la pobreza a sus miembros. Si bien es cierto que todos los vecinos eran fabricantes, también lo es que la mayoría rayaban con peligrosidad los niveles de la pobreza. Sobre todo, y en este orden, los cardadores y los tejedores. Sus familias son más pequeñas que las de otros cen-

¹⁵ José Antonio PAREJO BARRANCO: *Industria dispersa e industrialización en Andalucía. El textil antequerano, 1750-1900*. Málaga, Universidad, 1987.

tros laneros, tienen en sus casas –por cierto, caras y de mala calidad–, menos criados, y tan sólo pueden complementar sus escuálidas rentas con los productos derivados de la matanza de un cerdo, el aprovechamiento de alguna que otra cabeza de ganado lanar o cabrío, o los frutos de algún pequeño huerto o “manzanera” de su propiedad. La entrada en dependencia económica de estos pequeños fabricantes, se agudizará a lo largo del Setecientos, y se afianzará en las primeras décadas del Ochocientos. Mano de obra barata que será aprovechada por los emprendedores del proceso “industrializador” y que irá pergeñando la acusada bipolaridad social que se operará desde el segundo tercio del siglo XIX en adelante. Cardadores, tejedores y pequeños fabricantes, entrarán en dependencia de los beneficiarios del sistema, los fabricantes tratantes, quienes acumulan capitales procedentes de varias instancias y que monopolizan casi en exclusiva los batanes y tintes. Establecimientos estos, pequeños, pero con un funcionamiento muy dinámico. Además, se convertirán en “imprescindibles” para los pequeños fabricantes y para los artesanos que no son fabricantes, quienes, al fin y al cabo, son los verdaderos fabricantes de las bayetas. Los tratantes comercializarán la mayor parte de su producción y les adelantarán, bien el dinero metálico, bien la lana, que posibilitaba reproducir el proceso de fabricación. La escasa producción que quedaba en manos de los pequeños, se va reduciendo paulatinamente, mientras aumenta la controlada por los tratantes. A ello se une la progresiva pérdida de los medios de producción. En realidad la “independencia” de los pequeños será sólo aparente. Trabajar en “su” casa y con “su” telar, no les eximía de quedar bajo los auspicios de los grandes, cuya hegemonía económica se traducirá en el control del concejo. Ellos serán los protagonistas del siguiente paso de importancia dado por la fábrica: la mecanización operada en los procesos de cardado e hilado, gracias a la suma de capitales en forma de compañías.

4. LA MECANIZACIÓN IMPERFECTA. EL PRIMER IMPULSO ENGAÑOSO DE LA “EDAD DORADA”

El siglo XIX se inició con buenos augurios. La coyuntura de la Guerra de la Independencia, lejos de suponer el desmantelamiento sufrido en otros lugares –como ocurrió en los centros catalanes estu-

diados por Benaul Berenguer¹⁶–, permitió, no sólo el mantenimiento, sino la posibilidad de afrontar las innovaciones de la modernización tecnológica. Fueron mucho más perniciosas las crisis y epidemias de los años 1803-1804, que los siete años de la guerra contra el Francés, como, según Ricardo Hernández, ocurrió en otros centros como Astudillo¹⁷. Incluso, fabricantes como Manuel de Bartolomé, Ildefonso Mingo o Tomás de Miguel, iniciaron la fabricación de paños finos hacia 1811. Por otro lado, se llevaron a cabo mejoras en los tintes, gracias a excelentes tintoreros cameranos y, en 1818, se instaló el Lavadero de San Antonio por la familia Martínez.

Los fabricantes de Pradoluengo aprovecharon la coyuntura mecanizadora que, en torno a los años veinte, se dio en la vecina Ezcaray, sobre todo en el proceso de hilatura. Los riojanos se basaban a su vez en las mejoras introducidas en los centros catalanes por técnicos franceses y belgas. Las sagas de los Girard, Boulandie, Dumoulin, Bicheroux, Rabayoye, llegarán hasta la Demanda, e incluso formarán aquí sus familias, transformando por completo el paradigma industrial de la zona. Los fabricantes recibirán novedosas maquinarias de la casa belga Cockerill, de Olot y otros centros, dando un impulso trascendente a su producción¹⁸. A partir de 1828 se trajeron las novedosas máquinas que hilaban más lana en un día que varias docenas de mujeres en una semana. Se renovaron o crearon nuevos establecimientos como Zubiaga (1831), Las Viñas (1832), San Roque (1835), Agua Sal (1836), La Rueda (1838), Marina, Molino Encimero, Las Fuentes y Fresneda (1839), Salmoralejo (1842), San Roque el Viejo y El Chorrón (1849), Peña Zurbona (1850) y La Nueva (1857) entre otros. También se reformaron los antiguos batanes como el del Frontal y se erigieron otros como Cuchara (1836), Moleco (1841), Corrales de Monte

¹⁶ Josep Maria BENAUL BERENGUER: “Guerra i canvi econòmic. L’impacte de la Guerra del Francès en la indústria tèxtil llanera de Sabadell i Terrassa, 1808-1814”, en *Quaderns d’Arxiu de la Fundació Bosch i Cardellach*, LXV, 1993.

¹⁷ Ricardo HERNÁNDEZ GARCÍA: “La Guerra de la Independencia y su incidencia en la fábrica textil de Astudillo”, en *Revista de Investigaciones Históricas*, 24, 2004, pág. 159.

¹⁸ Juan José MARTÍN GARCÍA: “Empresa y empresarios de la industria textil en la Sierra de la Demanda durante el siglo XIX”, en *Anales de Estudios Económicos y Empresariales*, vol. XVIII, 2008, págs. 125-171; Josep Maria BENAUL BERENGUER: “Transferts technologiques de la France (Normandie, Languedoc et Ardennes) vers l’industrie lainière espagnole (1814-1870)”, en BECHIA, Alain (dir.): *La draperie en Normandie du XIII au XX siècle*. Rouen, Université, págs. 263-295.



(1844), La Ranera (1852), Vizcarraya (1854), Alfileres y La Cueva (1855) o La Majada (1857). Otros pasaron de ser de mazos a cilíndricos. Por último, hubo substanciales mejoras en más de una treintena de tintes, prensas y ramblas¹⁹.

Sin embargo, desafortunadamente, este primer empujón duró poco. Tanto en Pradoluengo como en Ezcaray, el proceso de mecanización, aunque intenso entre 1820 y 1840, fue imperfecto. Las fases de cardado e hilado se modernizaron, pero las de acabado tardaron en hacerlo y las de tejido ni siquiera se llegaron a mecanizar. Algo parecido sucedió en Antequera, caso estudiado por el desaparecido profesor Parejo Barranco, donde el tisaje siguió siendo manual, por lo que la distancia con otros enclaves laneros como los catalanes, se hizo cada vez más insalvable²⁰. Las razones para la tardanza en la mecanización de los telares, quizás puedan deberse, según ha apun-

¹⁹ Juan José MARTÍN GARCÍA: *La industria textil de Pradoluengo...*, págs. 143-187.

²⁰ José Antonio PAREJO BARRANCO: *La industria lanera española en la segunda mitad del siglo XIX*. Málaga, Universidad, 1989, págs. 88-89.

tado Ojeda San Miguel, a la falta de energía barata, ya que la hidráulica no daba más de sí²¹. La búsqueda de nuevos cauces en localidades cercanas y la falta de instalación de turbinas hasta el siglo XX, mermaba el aprovechamiento de la fuerza hidráulica desde el 85% al 20% ofrecida por las ruedas de madera. Otro factor retardatario fue que los fabricantes no vieron suficientes beneficios ante inversiones que, o no pudieron, o no quisieron afrontar, bien porque no tuvieron capitales suficientes, bien por la falta de rentabilidad. Por otro lado, problemas técnicos derivados de la baja calidad de las bayetas, “que no se llevaban bien con los nuevos telares”, pudieron hacer fracasar este “segundo” salto tecnológico.

El desfase con la industria catalana, que sí mecanizó el tisaje, se fue agrandando cada vez más. La introducción del vapor en los centros vallesanos desde la década de 1840 se hizo general, contrastando con la única experiencia pradoluenguina, que se implantó en el último tercio del siglo y que pronto se vio inviable. Máquinas como batuares y leviatanes no se introdujeron en la villa burgalesa hasta bien entrado el siglo XX. Lo mismo ocurrió con las tundidoras. Es decir, no se produjeron renovaciones destacables y las que existieron fueron tardías y arcaicas –en algunas ocasiones serán compras de segunda mano–, lo que supuso que la segunda modernización que se dio en Sabadell, Terrassa, Alcoy o Béjar, no se diese en Pradoluengo. Los fabricantes se subieron al primer tren mecanizador, pero el resto pasó delante de sus narices sin paradas notables.

5. EL MICROFUNDISMO INDUSTRIAL COMO ESTRUCTURA ECONÓMICA Y MENTAL

Una característica propia de Pradoluengo fue la microparcelación de las empresas. Su extremada pequeñez. Ahí pudo estar la clave para no dar el segundo salto hacia la conformación del núcleo como un centro fabril destacado a nivel nacional. Otros factores, planteados como excusas, como las malas comunicaciones o la falta de recursos energéticos, si bien fueron piedras en el camino, se hubiesen solventado a lo largo de la época contemporánea. Los pequeños capitales fueron capaces de unirse para crear industrias de fase –hilaturas, tin-

²¹ Ramón OJEDA SAN MIGUEL: “La fallida industrialización...”, págs. 89-120.

tes, batanes, lavaderos–, que sirvieron a todos los fabricantes, pero que no pudieron ir más allá, ni hacia mayores cotas de modernización, ni de concentración. Este “microfundismo” se constata por los pequeños créditos que se protocolizan en este periodo, y que dan idea de la escasa capacidad inversora de los fabricantes. El sistema pudo valer para el segundo tercio del siglo XIX pero, durante el tercero, empezó a hacer aguas. La mayor parte de la producción salía de minúsculos talleres, casi siempre en manos de una sola familia, lo que supone una microparcelación excesiva de los capitales. Este sistema era negativo para enfrentarse a la competencia de otros enclaves laneros. Únicamente la especialización en un segmento productivo de baja calidad y barato como la bayeta, permitió la reproducción del proceso, pero con la espada de Damocles que el tiempo hizo caer indefectiblemente, ante el cambio de la moda y el gusto de las clases populares, por tejidos de mayor finura que cada vez se acercaban más a sus posibilidades económicas. Lo indicaba gráficamente el viejo fabricante Agustín Mingo, nacido en 1904, cuando hablaba de los viajes de sus antepasados a los mercados gallegos, asturianos, cántabros y vascos para vender sus bayetas. Aseguraba que, “a las mozas sus padres les compraban una bayeta cuando se casaban y las dejaban vestidas para toda la vida”, pero ya, “en sus tiempos” comenzaron a gastar “percalinitas” y otros tejidos de algodón, por lo que, “la bayeta empezó a bajar, a bajar, a bajar”²².

El sistema microfundista acabó con la vecina Ezcaray, centro donde se fabricaban paños de mayor finura y calidad, pero que entró en crisis cuando las manufacturas catalanas, no sólo de algodón, sino también de lana, llegaron hasta Castilla y llamaron a su propia puerta. Madoz señala que, a mediados del siglo XIX, en Nájera existían ya cuatro almacenes de géneros catalanes, al igual que en la cercana ciudad de Haro²³. Y es que, desde 1837, las fábricas vallesanas comenzaron la fabricación de “novedades”, que fueron no sólo más baratas y finas, con dibujos y colores “de fantasía”, sino que se fabricaron buscando los gustos y la moda como aliados. Como puntilla, se unió la competencia dentro de los propios géneros de menor

²² Entrevistas orales. Agustín Mingo Villanueva (n. 5 de mayo de 1904).

²³ Pascual MADDOZ: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus provincias de Ultramar*. Madrid, 1845-1850. Ed. facsímil provincia de Burgos. Valladolid, Ámbito, 1984.

calidad, lo que era entrar en el segmento de los textiles pradoluengunos. Centros como los cameranos o Ezcaray, que incluso estaban en mejor posición de partida, que mantenían importantes capitales y una estructura comercial secular, no pudieron seguir adelante. Según Moreno Fernández, les faltó la capacidad de competir en mercados abiertos. En estas villas, al desaparecer la trashumancia, desaparecieron los fabricantes-pastores y los pastores-trafficantes, pero además, durante la coyuntura de los inicios mecanizadores, se modificaron las condiciones de demanda en los mercados de consumo, y se desintegraron las ventajas de estas sierras, lo que provocó una emigración cualitativa²⁴.

Por último, en cuanto a la producción, si bien parece palpable que hubo un crecimiento, no fue ni mucho menos como el operado en otros centros. La preponderancia casi absoluta de las bayetas, sin búsqueda de nuevas alternativas, impidió la entrada en nuevos mercados. El núcleo burgalés continuó por un camino opuesto al de otras industrias, sobre todo las catalanas, quienes además de innovar, expandieron sus zonas de venta y su abanico de producciones. Pradoluengo siguió inmersa en el segmento productivo “bajo”, y tuvo que atravesar su propio “Sinaí” en el último tercio del siglo XIX para, durante el periodo de entresiglos, conseguir reconvertir su pequeña e imperfecta infraestructura fabril, con el fin de lograr una mayor versatilidad productiva gracias a los géneros de punto, principalmente fajas, boinas y calcetines.

6. LA BIPOLARIZACIÓN SOCIAL: FABRICANTES Y OBREROS

El número de fabricantes se redujo a lo largo del siglo XIX con respecto a los existentes en el siglo XVIII, donde lo eran prácticamente todos los vecinos. Progresivamente, los grandes fueron copando los medios de producción. Se produjo un proceso de proletarización, surgiendo figuras desconocidas hasta entonces, como los “mayordomos” o capataces de los distintos establecimientos, así como los cada vez más numerosos operarios de fábrica y taller, hiladores y tejedo-

²⁴ José Ramón MORENO FERNÁNDEZ: “Serranos hacedores de paños. Pluriactividad y protoindustria en la montaña riojana”, en *Revista de Historia Industrial*, 25, 2004, págs. 11-48.

res, cuyas condiciones de trabajo se tradujeron siempre en niveles de vida rayanos en la subsistencia. La “*Edad Dorada*” comportó un crecimiento constante de la población entre 1820 y 1852, pasando de 1.571 a 2.951 habitantes, la mayor cota de su historia. La fuerza de trabajo necesaria para la industria lanera y sus economías derivadas, provino en parte de la emigración, pero, sobre todo, del propio crecimiento vegetativo de la localidad. Tras la década de 1860 y sobre todo de 1870, la decadencia de la bayeta se vio reflejada inmediatamente en el estancamiento y posterior descenso demográfico.

Las diferencias de la estructura socioeconómica pradoluenguina, aumentaron escalonadamente y fueron visibles hasta el último tercio del siglo XX (sic), ordenando de manera estricta, no sólo los comportamientos económicos y sociales, sino incluso los mentales, de forma que cada componente de esta pequeña comunidad, conocía muy bien la casilla que ocupaba. Las escasas posibilidades de cambio de las que dispusieron los obreros, y los problemas añadidos que les podían ocasionar las actitudes reivindicativas, máxime en una localidad en la que todo el mundo se conocía, calaron en la caracterización sociológica morigerada de esta clase social. Los médicos de principios del siglo XX les definían así: “El obrero de esta Villa es sufrido, no está aún infeccionado por las doctrinas de los grandes centros fabriles, es feliz no faltándole el trabajo y se resigna cuando escasea, conformándose en las épocas de crisis industrial con el poco trabajo o jornal que le dan”. Trabajo a destajo, salarios que sólo permitían sobrevivir, paro, precios abusivos de vivienda y alimentos, deficiente vestido, conformaron un conglomerado opresivo que se retroalimentaba y que logró petrificar un “estado de las cosas”. A pesar de estas condiciones penosas, los obreros no mostrarán rechazo ni se levantarán frente a los fabricantes ni frente a las autoridades municipales –por cierto, casi siempre coincidentes–, sino en contadas ocasiones. Su reducida conciencia de clase y el control atemperador ejercido por los sindicatos católicos, fueron elementos añadidos que caracterizaron un grupo social inmovilista. Higiene mínima, falta de seguridad en obradores, hilaturas, batanes y tintes, enfermedades abundantes, y nula cobertura social hasta las primeras décadas del siglo XX, caracterizaron su vida y crearon ámbitos diferenciados, distintos universos mentales y físicos, para los obreros por un lado y para los fabricantes y la pequeña burguesía local por otro. Estos últimos, viven en edificios acomodados –como la bautizada popular-

mente como “acera de los ricos” – y se codean con familias de su misma clase en Ezcaray, Burgos o Madrid. Tan sólo la llegada de la Segunda República, operó entre los obreros un tímido empuje hacia la organización de sindicatos de clase que, sin embargo, tuvieron un cortísimo recorrido²⁵. Los años de la posguerra cubrirán con un manto gris, ideas, comportamientos y situaciones económicas deplorables, cuya única solución fue la emigración y cuyos coletazos diferenciadores han estado vigentes hasta los años ochenta del siglo XX.

Por su parte, la clase de los fabricantes también se “acomodó” en una especie de pereza estacionada con respecto al desarrollo industrial. Las estrategias familiares buscaron por todos los medios que los patrimonios no se diluyesen. Las uniones entre las familias más poderosas de fabricantes, se complementaron con las llevadas a cabo con otras de Ezcaray, Logroño, Burgos, Madrid o Bilbao. Hubo, salvo contadas excepciones, una falta de inversiones en tierras por parte de los fabricantes “medianos”, incluso durante los periodos desamortizadores, que no responde tanto a un amor desmesurado por la fabricación de bayetas o por la rentabilidad de sus ventas sino, más bien, a que el tamaño de sus capitales no daba para tanto. No obstante, cuando se vean las orejas al lobo, estos empresarios no se obstinarán en continuar fabricando tejidos, –como habían hecho durante siglos sus antepasados–, si es que encontraban otra actividad que les ofreciese mayor rentabilidad. Así, a finales del siglo XIX, ante la crítica coyuntura que presenta la comercialización, se produce un cambio de planteamiento, y algunos empresarios encumbrados pasarán a invertir en tierras y en negocios financieros.

Estas empresas auténticamente familiares, fueron las protagonistas de los contactos y relaciones con técnicos profesionales y representantes de casas de maquinaria extranjera ya señalados. Las interrelaciones de las sagas de los González Rabayoye, con los de Simón y los Bicheroux, son un ejemplo paradigmático. No obstante, tanto estas uniones como los comportamientos endogámicos entre las familias más destacadas, que buscaron por encima de todo el mantenimiento de ciertas fortunas, no sirvieron para el crecimiento y concentración de las empresas, que continuaron caracterizándose por la mi-

²⁵ Juan José MARTÍN GARCÍA: “El obrero de esta Villa es sufrido...: clase obrera y conflicto social en el este burgalés (1820-1936)”, en *Alcores*, 10, 2010, págs. 261-300.

croparcelación, la falta de procesos modernizados de producción y la pequeña capacidad inversora. En cuanto a la riqueza inventariada, los protocolos notariales dan fe de tan sólo seis inventarios que superaron los 150.000 reales en el periodo 1820-1860, y de veinte entre 1860 y 1885. Si exceptuamos un caso, el de Luis Martínez, el resto no mantienen un ciclo integral de producción, sino que sus fábricas se corresponden con su propia casa, donde se encuentra el taller u obrador, además de la disposición de ramblas y de pequeñas partes o suertes en industrias de fase como hilaturas, batanes y tintes. A pesar de este panorama un tanto pesimista, muchas familias afrontarán con garantías la reconversión hacia los géneros de punto, ya que las inversiones necesarias para ello, fueron incluso más reducidas que las que posibilitaban la creación de una empresa para la fabricación de bayetas. Eso sí, la crisis operada entre los siglos XIX y XX, conllevará la emigración de un gran número de obreros por falta de trabajo y también afectará a pequeños empresarios, que acabaron engrosando las filas de la clase jornalera o emigrando hacia los emporios americanos y madrileño. De aquellos, hubo sagas que triunfaron espectacularmente en el comercio y las finanzas, caso de los Zaldo, Espinosa, de Simón, Córdoba, etcétera, conformando un grupo burgués que quiso dar lustre a su nueva riqueza a través de las “donaciones” a su patria chica: colegio, hospital, mercado, biblioteca, ornatos religiosos y donativos “sociales”. En Madrid fundaron instituciones financieras como el Banco Hispanoamericano, tuvieron intereses en un extenso abanico de negocios de construcción e industriales de diverso tipo, y llegaron a ser diputados y senadores del Reino.

Esta conformación sociológica peculiar y distintiva dentro de su contexto provincial, gestó manifestaciones culturales, actitudes y comportamientos de tipo “urbano”, que contrastaban con otros núcleos rurales de tamaño similar. En artes como la música, con la creación de la banda más antigua de la provincia, la existencia de corales, orquestinas y la aparición de compositores y músicos de renombre, supusieron una marcada querencia entre toda la población. En las artes escénicas, el gusto por las representaciones teatrales y cinematográficas, la elaboración de operetas de temática local, la existencia de cafés, billares y asociaciones de distinto tipo desde finales del siglo XIX, son algunas de estas expresiones diferenciales.

7. LA COMERCIALIZACIÓN: DE LA MULA A LA FACTURACIÓN

El espacio de venta de las bayetas pradoluenguinas durante el siglo XIX, se repartió preferentemente por el noroeste, aunque hay que decir que se vendieron por toda España con la excepción de las provincias levantinas e insulares. No obstante, la zona que con mayor predicamento recibía estos tejidos, ocupaba una tercera parte del territorio peninsular. A pesar de contar con este “potencial”, queda claro que el mercado al que se dirigían las bayetas era el de las clases menos acomodadas del cuadrante noroccidental español, un polígono limitado a grandes rasgos por tres ciudades señeras dentro del comercio nacional: La Coruña, Bilbao y Madrid. Dentro de ese espacio, el primer radio de acción de las ventas se dirigió al entorno más cercano, es decir, las provincias de Burgos y La Rioja. En segunda instancia, los fabricantes viajaban hasta ámbitos como el leonés, gallego, asturiano, montañés y vizcaíno, además del foco indudable que representaba Madrid. En este ambiente, más atlántico que mediterráneo, se produjeron varios tipos de venta, pero esencialmente dos, la directa al usuario por parte del fabricante, quien de forma ambulante se trasladaba por localidades rurales, es decir, la llamada “venta a la vara” y, la más importante cuantitativamente, la realizada desde los comercios de las ciudades como intermediarios. Por último, existen algunas referencias de ventas al ejército desde finales del siglo XIX²⁶.

El precio de la vara de estas bayetas era muy pequeño. Siendo una de las “cualidades” de la producción pradoluenguina por su competitividad, su baratura llevaba aparejada dos importantes problemas. Por un lado, los estrechos márgenes de ganancias, lo que imposibilitaba la acumulación de capitales que facilitase la modernización y concentración industrial, incidiendo aún más en la ya de por sí alta microparcelación. Por otro, el peligro que suponía la falta de pagos, algo que se daba con frecuencia en unos intercambios basados en la venta al fiado, hecho que si se repetía con asiduidad, podía acabar con unas empresas microscópicas. Estos precios asequibles, eran atractivos para una clientela con dos caracteres negativos: su estre-

²⁶ Juan José MARTÍN GARCÍA: *La industria textil de Pradoluengo...*, págs. 345-383.



chez y su fluctuante poder adquisitivo. Además, la llegada de los tejidos de algodón, más baratos, de mejores calidades, más higiénicos, y que seguían las pautas de la moda, supusieron, como ya hemos visto, la caída paulatina de las ventas de bayetas, reducidas cada vez más a su adquisición por parte de consumidores retardatarios, que todavía encontraban funciones de uso, tanto para el vestido, como para otras utilizaciones cotidianas, entre otras servir como forro de ataúdes. Si el mercado fue suficiente para mantener la actividad hasta aproximadamente 1880, el paulatino descenso del consumo operado desde entonces, provocó que la única salida para el mantenimiento de la actividad industrial fuese la reconversión productiva.

En cuanto a las fórmulas de venta, hay que decir que las estructuras comerciales se encontraban algo más adelantadas que las productivas. La comercialización “a la vara” por los propios fabricantes, o la dada a arrieros suponía un porcentaje mínimo. Por contra, se consolidó un sistema moderno, en el que funcionaron como intermediarios, los cada vez más numerosos representantes comerciales, e incluso, cierta diáspora de naturales pradoluenginos dedicados al comer-

cio en importantes emporios peninsulares, que sirvieron de nexo a sus paisanos, no sólo para la venta de bayetas, sino para otra serie de negocios y gestiones. Por lo que se refiere a las compañías comerciales creadas por los fabricantes, poco sabemos sobre su funcionamiento, aunque existieron varias basadas en sistemas semejantes a las uniones creadas para la construcción de hilaturas, batanes y tintes. Por último, la administración municipal hizo todo lo posible por mejorar las comunicaciones, ya que le iba la vida en ello. Los intentos por hacer llegar el ferrocarril o las inversiones directas en la construcción de puentes y carreteras, vitales para el ahorro de costes y para una mayor rapidez en las transacciones, fueron preocupaciones constantes de los distintos consistorios. Su empeño fue loable pero chocó con la superlativa dejadez de las administraciones públicas superiores.

8. LA RECONVERSIÓN. EL PUEBLO DE LAS BOINAS Y LOS CALCETINES

Los años transcurridos entre 1885 y 1939, comenzaron con una caída constante en la fabricación lanera pradoluenguna y acabaron –eso sí, coyunturalmente–, con la mayor producción total conseguida en su historia hasta entonces. No obstante, ambas “fotografías” cronológicas son engañosas.

En cuanto a la primera fecha y a pesar de la irremisible debacle a la que estaban condenadas las bayetas, estas se siguieron fabricando durante todo el periodo. Incluso, su producción creció durante la Primera Guerra Mundial y, a pesar de los pesares, se siguieron tejiendo junto a otra serie de paños y mantas hasta mediados del siglo XX. En esta época de entresiglos, algunos fabricantes adquirieron telares mecánicos tipo “jacquard”, que posibilitaron nuevos diseños como los paños de cuadros.

En cuanto a 1939, aunque los tres años de la Guerra Civil supusieron un aumento espectacular de la producción, sus bases industriales fueron artificiales, y sólo el esfuerzo sobrehumano de la clase obrera de la localidad y de otras limítrofes, la hizo posible. Esta mano de obra barata, se militarizó por la intendencia franquista mediante jornadas inacabables durante las veinticuatro horas del día, de

lunes a lunes, al objeto de surtir al ejército “nacional” de jerseys, mantas, boinas, pasamontañas y calcetines. Un ejemplo. En la fábrica de Agustín Mingo, con menos de diez obreros, se hacían diariamente 1.000 pasamontañas y 400 jerseys. Los beneficios generados durante estos tres años, no se reinvirtieron en una modernización, –por otra parte tan necesaria–, de las estructuras productivas, sino que, como mucho, sirvieron para “dar carrera” a los vástagos de los mayores fabricantes. Tampoco la “fidelidad” mostrada al bando franquista, supuso ningún trato de favor en la posguerra, ni en cuanto a la adquisición de lanas, controlada por el gobierno, ni por lo que respecta al aumento de sueldos de los obreros, ni en procesos de concentración de la fabricación. Pradoluengo fue arrinconado en favor de otros núcleos, principalmente los catalanes²⁷.

Una de las razones fundamentales para la reconversión productiva a los géneros de punto, fue la falta de otras alternativas. La única era la emigración, válvula de escape utilizada profusamente en la localidad desde 1870 hasta el día de hoy, convirtiendo a la “Villa Textil” en una auténtica máquina, pero de exportar gente. Eso sí, la reconversión fue la más “inteligente” posible, ya que puso en valor la infraestructura ya existente, como fueron las industrias de fase que, pese a su demostrada precariedad, continuaron siendo válidas para realizar ciertos procesos manufactureros, necesarios para la confección de los nuevos artículos. A pesar de la caída de los créditos, la mayoría de las empresas supieron llevar a cabo el cambio. Por otro lado, las inversiones necesarias para la compra de los nuevos telares eran pequeñas, y el valor añadido de las nuevas producciones suponía una mayor rentabilidad. Como muestra, cuatro botones: uno, durante las primeras décadas del siglo XX se fabricaron 2.000 docenas anuales de fajas; dos, en 1920 una sola fábrica vendió 600.000 boinas; tres, en 1935 había instaladas siete fábricas dedicadas en exclusiva a la fabricación de esta prenda, que produjeron 1.500.000 boinas anuales; y cuatro, los calcetines, que se empezaron a tejer alrededor de 1905, alcanzaban en 1917 una producción de unas 100.000 docenas anuales.

Para que la reconversión fuese exitosa, ayudaron otros factores. En un principio, lo hizo la apertura de mercados suministradores de lana por todo el país y la entrada de lanas regeneradas, más baratas y con-

²⁷ *Ibidem*, págs. 433-435.



sumidas en cantidades importantes. Así, en 1920, las consumidas en Pradoluengo supusieron el 37 por ciento de las vendidas por la casa Llagostera y Sampere de Sabadell. Un aspecto aparentemente retardatorio fue el de la energía, que siguió siendo hidráulica y que, sin solución de continuidad, dio paso a la eléctrica, cuyo suministro fue siempre deficiente. No obstante, hay que tener en cuenta la enorme baratura de la energía hidráulica, que siguió siendo utilizada con prioridad. Como hemos adelantado, quizás la única alternativa ante la crisis de entre siglos y sus posibles conatos reivindicativos, fue la emigración. Una emigración masculina y bipolarizada. Por un lado, los hijos de los fabricantes marcharon al comercio madrileño o americano. Por otro, los hijos de los obreros lo hicieron preferentemente a la minería y siderometalurgia vizcaínas. Ello supuso que la fuerza de trabajo de la que se sirvieron los fabricantes estuviera compuesta por mujeres. Estas, que durante la mecanización de los primeros compases del siglo XIX se vieron sin los jornales de sus labores manuales, serán ahora las integrantes de los obradores de boinas y calcetines. Este desequilibrio entre las cohortes femeninas y masculinas, no se solucionó hasta los albores de la Guerra Civil.

9. SE BAJA EL TELÓN, PERO NO DEL TODO

Los años de la posguerra presentaron dificultades para la industria lanera española. Las dificultades para conseguir materias primas y el intervencionismo estatal, supusieron que las empresas recurriesen a alternativas como el estraperlo. La relación entre algunas empresas pradoluenguinas y el ejército durante la guerra, supuso contar con un pequeño nicho de suministro que fue aprovechado durante varios años. Por otro lado, las condiciones básicas de trabajo para los obreros continuaron siendo nefastas. Un ejemplo. En 1947, los once obreros de la fábrica Altuzarra, solicitaban la colocación de una lámpara para sus trabajos nocturnos porque ni siquiera veían. La vivienda seguía siendo escasa y cara. La mecanización quedó estancada y la mayoría de centros laneros superó a Pradoluengo en cuanto a instalación de selfactinas, telares mecánicos, potencia en los motores, hilaturas modernas, o novedosos procesos de confección y venta²⁸.

No obstante, a partir de los años cincuenta se produjo progresivamente la mecanización de las fábricas de boinas y calcetines, arrinconando las viejas máquinas de mano en los “payos” (desvanes) de las casas. Las empresas no varían su tamaño microscópico en comparación con otros centros laneros, pero son lo suficientemente dinámicas y solventes como para ofertar trabajo para una población cercana a los 2.300 habitantes. Este pequeño tamaño de los talleres, suponía que la desaparición de algunas pequeñas fábricas no fuese traumática para el conjunto, ya que, a corto plazo, eran relevadas por otras. Eso sí, al igual que en el resto del sector textil, los vaivenes y fluctuaciones productivos y de rentabilidad, supusieron el pan nuestro de cada día. En 1962, según las matrículas de contribución industrial, existían 2 fábricas de hilados, 11 de tejidos de bayetas y mantas, 23 de géneros de punto (la mayoría de calcetines), 6 de boinas y 2 tintes. Las hilaturas, batanes y tintes restantes, habían sido “fagocitados” por alguna de las cuarenta empresas citadas.

Desde mediados de los años sesenta, surgieron algunas iniciativas concentradoras, que afectaron tanto a los procesos productivos como al número de trabajadores. Un ejemplo en el subsector de la pañería,

²⁸ Juan José MARTÍN GARCÍA: “La industria perdedora del bando ganador”, en *Piedra de rayo*, 45, 2015, págs. 44-55.

lo supuso la empresa “Hermanos Pascual”, que en 1964 solicitó licencia para la construcción de una factoría de tres plantas con 1.800 metros cuadrados. Sus producciones para la Marina española le hicieron merecedora de condecoraciones gubernamentales. En 1970 se reconstruye la antigua “Hilatura de Zubiaga”, arruinada por un incendio, alcanzando los 1.157 metros cuadrados. Ese mismo año, se edifica otra factoría de gran tamaño: “Dimar”. A lo largo de las siguientes décadas, florecen varias empresas, principalmente dedicadas a la confección de calcetines y basadas en un telar que marcó una época en la localidad: los “linares”. Entre 1970 y 1990, se redactaron 30 expedientes de creación “ex novo” o de reforma de fábricas tradicionales. Las más destacadas fueron “Marcor” (Martínez Córdoba), “Texves” (Textiles Villanueva-Echavarría-Sáez), “Irba” (Industrias Reunidas De Benito Arribas) y “Sami” (Hijos de Santiago de Miguel). Hubo otras empresas con un destacado número de trabajadores como “Ambosa”, “Maresa” o “Hercal”. Al calor de las grandes, surgieron o se transformaron otra treintena de empresas familiares, entre otras, Hermanos Alcalde, Restituto Martínez, Anselmo García, Julián Ochoa, Hermanos Pineda, Vicente Zaldo, Simón Alarcía, Hermanos Salazar y un largo etcétera. Se puede decir que prácticamente cada casa de Pradoluengo era una fábrica y que pasear por el pueblo suponía escuchar constantemente el bisbiseo de los telares trabajando.

A lo largo de los años ochenta y noventa los vaivenes de ventas se suceden. Las empresas pradoluenguinas realizan fuertes inversiones para dejar atrás el característico calcetín de lana grueso y el elaborado con regenerados. En breve espacio de tiempo, las fábricas desechan los antiguos linares y acometen la adquisición de telares cuya tecnología cambia año a año. Se suceden temporadas de excelentes resultados con otras críticas. Los calcetines deportivos, de diseño y tejidos con nuevos materiales sintéticos, de algodón y poliamidas, destierran al calcetín “basto”. Se crea el nuevo polígono industrial, surgen empresas de más de cincuenta obreros como “Gaviota” y se siguen creando otras de tamaño menor pero muy dinámicas, como “Prapalsa” “Raotex”, “Glez. Garate”, “Eugenio Zaldo”, “Antonio Escudero”, “Burmode”, “Hermanos Santamaría”, “Manuel Martínez Zaldo”, “José Manuel Mingo”, etcétera. La supresión en 2005 de los aranceles para la industria textil china, por parte de la Unión Europea, fue fatal para esta industria. El “movimiento” constante, el trajín cotidiano, la “alegría” de carros llenos de sacas de calcetines que

caracterizaba el día a día de unas calles que de por sí eran una inmensa fábrica, ha languidecido hasta prácticamente desaparecer. Sin embargo, no todo está perdido. En estos mismos momentos, se venden calcetines de Pradoluengo por todo el planeta, desde Australia hasta Alaska, desde Estados Unidos a Alemania. Y, por las noches, como testigos de una atávica forma de vida, aún se ven luces encendidas en algunas fábricas...

FUENTES

Archivo de la Diputación de Burgos (A.D.B.).

Archivo Histórico Provincial de Burgos (A.H.P.B.).

Archivo Municipal de Pradoluengo (A.M.P.).

BIBLIOGRAFÍA

BENAU BERENGUER, Josep Maria (1992): “Los orígenes de la empresa textil lanera en Sabadell y Terrassa en el siglo XVIII”, en *Revista de Historia Industrial*, 1, págs. 39-62.

BENAU BERENGUER, Josep Maria (1993): “Guerra i canvi econòmic. L'impacte de la Guerra del Francès en la indústria tèxtil llanera de Sabadell i Terrassa, 1808-1814”, en *Quaderns d'Arxiu de la Fundació Bosch i Cardellach*, LXV.

BENAU BERENGUER, Josep Maria (1994): “Especialización y adaptación al mercado en la industria textil lanera, 1750-1913”, en NADAL, Jordi y CATALÁN, Jordi. (eds.): *La cara oculta de la industrialización española. La modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*. Madrid, Alianza, págs. 199-223.

BENAU BERENGUER, Josep Maria (1996): “Realidades empresariales y estructura productiva en la industria textil lanera catalana, 1815-1870”, en COMÍN, Francisco y MARTÍN ACEÑA, Pablo (eds.): *La empresa en la Historia de España*. Madrid, Cívitas, págs. 171-186.

BENAU BERENGUER, Josep Maria (2003): “Transferts technologiques de la France (Normandie, Languedoc et Ardennes) vers l'industrie lainière espagnole (1814 1870)”, en BECHIA, Alain (dir.): *La draperie en Normandie du XIII au XX siècle*. Rouen, Université, págs. 263-295.

- Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio de la Junta de Castilla y León (1995): *Atlas del Territorio de Castilla y León*. Madrid, Junta de Castilla y León.
- GARCÍA SANZ, Ángel (1994): “Competitivos en lanas pero no en paños: lana para la exportación y lana para los telares nacionales en la España del Antiguo Régimen”, en *Revista de Historia Económica*, 2, págs. 397-434.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, Ricardo (2004): “La Guerra de la Independencia y su incidencia en la fábrica textil de Astudillo”, en *Revista de Investigaciones Históricas*, 24, págs. 159-176.
- KRIEDELTE, Peter (1981): “The origins, the agrarian context, and the conditions in the word market”, en *Industrialization before Industrialization. Rural industry in the genesis of capitalism*. Cambridge, University.
- MADOZ, Pascual: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus provincias de Ultramar*. Madrid, 1845-1850. Ed. facsímil de la provincia de Burgos. Valladolid, Ámbito, 1984.
- MARTÍN GARCÍA, Juan José (2004): *Historia de la Industria Textil de Pradoluengo. I. Los orígenes (1567-1720)*. Burgos, Aetpra.
- MARTÍN GARCÍA, Juan José (2005): *Historia de la Industria Textil de Pradoluengo. II. La etapa preindustrial (1720-1820)*. Burgos, Aetpra.
- MARTÍN GARCÍA, Juan José (2007): *La industria textil de Pradoluengo (1534-2007). La pervivencia de un núcleo industrial*. Valladolid, Junta de Castilla y León.
- MARTÍN GARCÍA, Juan José (2008): “Empresa y empresarios de la industria textil en la Sierra de la Demanda durante el siglo XIX”, en *Anales de Estudios Económicos y Empresariales*, vol. XVIII, págs. 125-171.
- MARTÍN GARCÍA, Juan José (2010): “El obrero de esta Villa es sufrido...: clase obrera y conflicto social en el este burgalés (1820-1936)”, en *Alcores*, 10, 2010, págs. 261-300.
- MARTÍN GARCÍA, Juan José (2015): “La industria perdedora del bando ganador”, en *Piedra de rayo*, 45, 2015, págs. 44-55.
- MARTÍN GARCÍA, Juan José (2016): “El S.O.S. de un hito del patrimonio industrial castellano: Pradoluengo”, en *Estudios del Patrimonio Cultural*, 14, págs. 12-20.
- MORENO FERNÁNDEZ, José Ramón (2004): “Serranos hacedores de paños. Pluriactividad y protoindustria en la montaña riojana”, en *Revista de Historia Industrial*, 25, págs. 11-48.

OJEDA SAN MIGUEL, Ramón (1993): “La fallida industrialización de una comarca textil riojana: el Alto Valle del Oja”, en *Berceo*, 124, págs. 89-120.

PAREJO BARRANCO, José Antonio (1987): *Industria dispersa e industrialización en Andalucía. El textil antequerano, 1750-1900*. Málaga, Universidad.

PAREJO BARRANCO, José Antonio (1989): *La industria lanera española en la segunda mitad del siglo XIX*. Málaga, Universidad.